

oro que ordinariamente llevaba como hermano de aquella orden del duque de Borgoña (1). El día antes de morir otorgó un codicilo, en que ratificaba el testamento hecho en Zaragoza en 1469, y escribió á su hijo y sucesor don Fernando una muy sabia y cristiana carta, en que le daba los mas sanos y juiciosos consejos sobre el modo de regir y gobernar en justicia los reinos que estaba llamado á heredar.

Tuvo don Juan II de Aragon tres épocas distintas en su vida; una en que como infante de Aragon fué un vasallo revoltoso del rey de Castilla, otra en que como rey de Navarra fué un padre desnaturalizado é injusto, y la postrera en que como rey de Aragon fué un gran monarca como político y como guerrero, que no habia tenido igual desde don Jaime el Conquistador, que en el gabinete y en los campos de batalla supo medirse con Luis XI de Francia, el gran político de su época, que conservó el vigor de la juventud hasta la edad decrepita, faltándole el valor, la intrepidez y la constancia solo cuando le faltó el aliento. Solamente una pasión humana no pudo dominar nunca, y se mantuvo viva en su pecho á pesar del hielo de los años, la pasión del amor, que en su edad octogenaria le dió una ruidosa celebridad en aquel tiempo (2).

La corona de Navarra recayó en doña Leonor, condesa de Foix, última hija del primer matrimonio del rey don Juan, conforme al tratado de Olite, la cual comenzó á tomar los títulos mas pomposos que importantes de «reina de Navarra, duquesa de Nemours, Gandia, Montblanch y Peñafiel, condesa de Foix, señora de Bearne, condesa de Bigorra y Ribagorza, y señora de la ciudad de Balaguer.» Pero la divina justicia no permitió que gozara mucho tiempo de las delicias del reinar la que habia buscado el cetro por el camino del crimen; la delincuente enemiga de sus hermanos don Carlos y doña Blanca no tuvo mas que el plazo de un mes para subir al trono y descender á la tumba, y los lúgubres cantos de sus exequias funerales casi se confundieron con el alegre bullicio de las fiestas de su coronación. A su muerte sucedió en el reino de Navarra su nieto Francisco Febo ó Phebus, hijo del difunto Gaston de Foix y de la hermana de Luis XI. De esta manera el pequeño reino de Navarra, destrozado siempre por las dos enconadas facciones de biamonteses y agramonteses, y expuesto á ser absorbido por uno de sus poderosos vecinos, Fernando de Aragon ó Luis XI de Francia, vino á hallarse en manos de un niño y bajo la tutela de una mujer, para ser por algun tiempo, mas que reino independiente, manzana de discordia entre monarcas ambiciosos y rivales (3).

(1) Zurita, Anal. lib. XX, c. 27.

(2) Sus amores en los postreros días de su vida con una doncella catalana, llamada Francisca Rosa, fueron muy divulgados, dice Zurita, y se hicieron aun mas famosos que los del rey don Alfonso V su hermano con Lucrecia de Alañó.

Tuvo don Juan II de Aragon de su primera esposa doña Blanca de Navarra, tres hijos, don Carlos, príncipe de Viana, doña Blanca, que murió envenenada, y doña Leonor, condesa de Foix, que le sucedió en el reino de Navarra: de su segunda mujer doña Juana Enriquez de Castilla, tuvo á don Fernando (el rey Católico), á doña Leonor y doña María, que murieron niñas, y á doña Juana, que casó con don Galceran de Requesens, conde de Trevinto y de Avellino.

Fuera de matrimonio tuvo varios hijos naturales de diferentes mancebas. De doña Leonor de Escobar le nació don Alfonso de Aragon, que gozó injustamente por algun tiempo el maestrazgo de Calatrava. De una señora castellana, llamada doña N. Avellaneda, tuvo á don Juan, que fué arzobispo de Zaragoza, y de otra manceba natural de Navarra, de la familia de los Anzas, le nacieron tres hijos, que fueron don Fernando y doña María, que murieron niños, y doña Leonor de Aragon, que casó en 1468 con Luis de Beaumont ó Beaumont, conde de Lerin y condestable de Navarra.—Bofarull, Condes de Barcelona, tom. II, p. 329.

(3) De don Juan II de Aragon se decia en Navarra que habia querido este reino como propio y le habia tratado como ajeno. Murmurábasele de pródigo para con sus favorecidos, y de esta prodigalidad dicen que nació en Navarra el proverbio de: *Ya se murió el rey don Juan*, que se solia emplear para desengaño de los ambiciosos.—Yanguas, Historia de Navarra, p. 340.

CAPÍTULO XXX

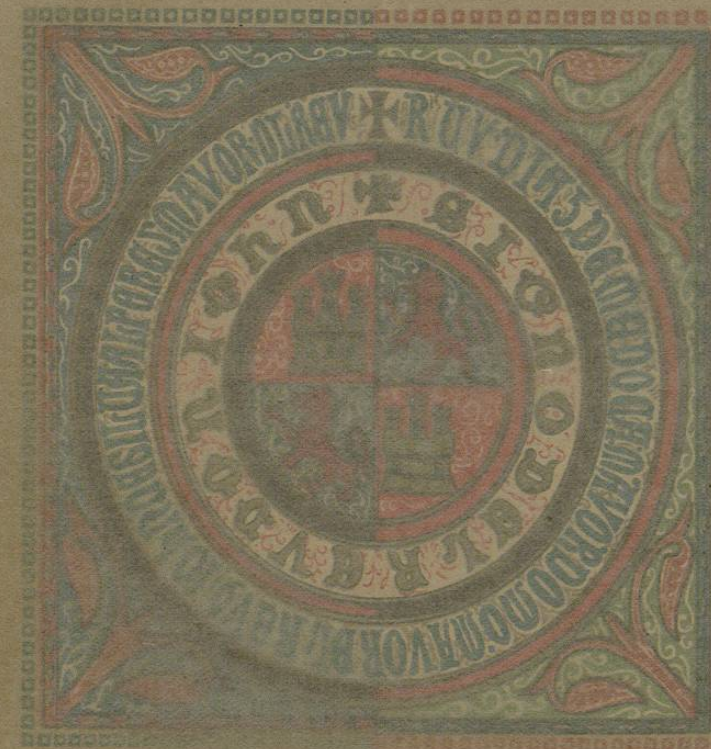
Enrique IV (el Impotente) en Castilla

DE 1454 Á 1475

Sus primeros actos.—Rasgos de clemencia.—Paz con el rey de Navarra.—Pomposas, pero ineficaces campañas contra los moros: muestras de debilidad en el rey: disgusto de los capitanes.—Matrimonio del rey con doña Juana de Portugal.—Amores de don Enrique con una dama de la corte.—La reina y don Beltran de la Cueva.—Paso de armas de Madrid. Conducta del rey: resentimiento de los grandes.—Don Juan Pacheco, marqués de Villena; don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo.—Confederacion de los grandes contra el rey.—Ofrécenle los catalanes la corona del principado: el rey los abandona.—Vistas de Enrique IV de Castilla y Luis XI de Francia; circunstancias notables: tratado del Bidasoa: enojo y resolucion de los catalanes.—Nacimiento de la princesa doña Juana: por qué la denominaron la *Beltraneja*.—Favor y engrandecimiento de don Beltran de la Cueva.—Audacia de los magnates: atentados contra el rey: peligros de este: farsa política del marqués de Villena.—Manifiesto de los conjurados al rey: debilidad de Enrique: transacciones: junta en Medina del Campo: célebre sentencia.—Afrentosa ceremonia de destronamiento del rey en Avila: proclamacion del príncipe don Alfonso: bandos: dos reyes en Castilla: guerra civil: escena dramática y burlesca en Simancas.—Proyecto de casar á la princesa Isabel con el maestre de Calatrava: muerte repentina de este.—Batalla de Olmedo entre los dos reyes hermanos.—Fallecimiento del príncipe-rey don Alfonso.—Los confederados ofrecen la corona á Isabel: no la admite.—Isabel es reconocida heredera del reino: vistas y tratado de los Toros de Guisando.—Pretendientes á la mano de la princesa Isabel: decídese ella por don Fernando de Aragon.—Dificultades que se oponen á este matrimonio: cómo se fueron venciendo: interesante situacion de los dos novios: realizase el enlace.—Enojo del rey y de los partidarios de la Beltraneja.—Revoca don Enrique el tratado de los Toros de Guisando, y deshereda á Isabel.—Conducta de esta y de Fernando su esposo.—Reconciliacion del rey y los príncipes.—Túrbase de nuevo la concordia.—Muerte de don Juan Pacheco, gran maestre de Santiago.—Muerte de don Enrique.—Carácter de este monarca.

La situacion poco lisonjera en que don Juan II de Castilla habia dejado el reino á su muerte (21 de junio, 1454) hizo que se proclamara con gusto, y hasta con entusiasmo en Valladolid á su hijo don Enrique, cuarto de los monarcas castellanos de este nombre; así por la esperanza de mejorar de condicion que suelen concebir los pueblos cuando despues de un reinado turbulento y desastroso ven pasar el cetro á otras manos, como por el carácter afable, franco y benigno del nuevo rey. A inexperiencia de la edad y á debilidades de la juventud atribuian ó se hacian la ilusion de atribuir sus anteriores faltas los que se acordaban de las rebeliones de don Enrique contra su padre, de su conducta con doña Blanca de Navarra su esposa, y de otros desfavorables antecedentes de su vida cuando era solo príncipe primogénito. Veremos si se equivocaron los que esperaban un porvenir mas risueño, fundados en la indole y cualidades del nuevo monarca.

Sus primeros actos no desmintieron aquellas esperanzas. Espontáneamente y por un rasgo de benignidad y de clemencia mandó sacar de la prision á los condes de Alba y de Treviño y á otros caballeros que se hallaban presos por las anteriores rebeliones, y que les fuesen restituidas sus tierras y bienes. Confirmó en sus empleos á los oficiales de su padre; renovó la antigua amistad de Castilla con Carlos VII de Francia, que acababa de libertar aquel reino del yugo de la Inglaterra, y llevó á cabo los tratos de paz que su padre habia dejado pendientes con el rey don Juan de Navarra. Concerióse esta paz por mediacion de su tía la reina de Aragon, esposa de Alfonso V, interviniendo tambien el Justicia de Aragon, el almirante don Fadrique y el marqués de Villena, mayordomo mayor del rey. Por este convenio el rey don Juan de Navarra, su hijo natural don Alfonso, que se decia maestre de Calatrava, el infante de Aragon don Enrique su hermano, todos renunciaban las villas, fortalezas y lugares que tenian en Castilla, manantial perenne de las revueltas y disturbios entre los soberanos y príncipes de los tres reinos que largamente hemos referido, recibiendo en cambio algunos cuentos de maravedís anuales por juro de heredad sobre las ciudades y rentas de la corona castellana. Exceptuábase de esta renuncia la fuerte villa de Atienza, por pertenecer á la dote de la



Manusc. y Simon. Edn.

FACSIMILES DE SIGNOS RODADOS.

1—Signo de D. Pedro I. — 2—Signo de D. Juan II. — 3—Signo de D. Enrique IV.

CAPÍTULO XXX

Enrique IV (el Impotente) en Castilla

de 1454 a 1475

oro que ordinariamente llevaba como hermano de Castilla orden del duque de Borgoña (1). El día antes de morir otorgó un codicilo, en que ratificaba el testamento hecho en Saragoza en 1469, y escribió a su hijo y sucesor don Fernando una muy sabia y cristiana carta, en que le daba los mejores y juiciosos consejos sobre el modo de regir y gobernar en Castilla los reinos que estaba llamado a heredar.

Tuvo don Juan II de Aragón tres épocas distintas en su vida: una en que como infante de Aragón fue el favorito y favorito del rey de Castilla, otra en que como príncipe de Aragón fue un padre desnaturalizado é injusto, y en la tercera como rey de Aragón fué un gran estadista y un gran guerrero, que no había tenido igual desde don Jaime el conquistador, que en el gabinete y en el campo de batalla se medirse con Luis XI de Francia, el gran vencedor de la guerra que conservó el vigor de la juventud hasta el fin de su reinado faltándole el valor, la intrépididad y la actividad que le faltó el aliento. Solamente sus amores por doña Leonor, dominar nunca, y se mantuvo firme en su política hasta el fin de los años, la pasión del amor, que en un momento le dio una ruidosa celebridad en aquel tiempo.

La corona de Navarra recayó en doña Leonor, hija de Foix, última hija del primer matrimonio del rey don Juan conforme al tratado de Olite, la cual consentió a tomar los títulos mas pomposos que imperantes de reina de Navarra, duquesa de Nemours, Gancha de Sabatón y Palladés, condesa de Foix, señora de Bearn, condesa de Bigorra y Ribagorza, y señora de la ciudad de Bayona. Pero la divina justicia no permitió que gozara mucho tiempo de las delicias del reinár la que había buscado el otro por el castigo del crimen; la delincuente enemiga de sus hermanas don Carlos y doña Blanca no tuvo más que el plazo de un mes para subir al trono y descender á la tumba, y los lugubres cantos de sus exequias funerales casi se confundieron con el alegre bullicio de las fiestas de su coronación. A su muerte sucedió en el reino de Navarra su nieto Francisco Febo ó Phoebus, hijo del difunto Gastón de Foix y de la hermana de Luis XI. De esta manera el pequeño reino de Navarra, destruido siempre por las dos enemigas facciones de bizantinos y agrarios, y después a ser absorbido por uno de sus poderosas vecinos, Fernando de Aragón y Luis XI de Francia, vino á hallarse en manos de un niño y bajo la tutela de una mujer, para ser por algún tiempo un reino independiente, manzana de discordia entre señores ambiciosos y rivales (3).

(1) Zurita, Anal. lib. XX, c. 37.

(2) Sus amores en los postreros días de su vida con una doncella catalana, llamada Francisca Rosa, fueron muy divulgados, dice Zurita, y se hicieron aun mas famosos que los del rey don Alfonso V en su amor con Juereca de Albió.

(3) Don Juan II de Aragón de su primera esposa, doña Leonor de Navarra, tuvo hijos, don Carlos, príncipe de Viana, heredero de Navarra, y doña Leonor, condesa de Foix, que se casó con el príncipe de Navarra, de su segunda esposa doña Juana de Aragón, hija de don Fernando el rey Católico, á quien le sucedió en el reino de Aragón, y á doña Juana, que se casó con el príncipe de Viana, heredero de Navarra.

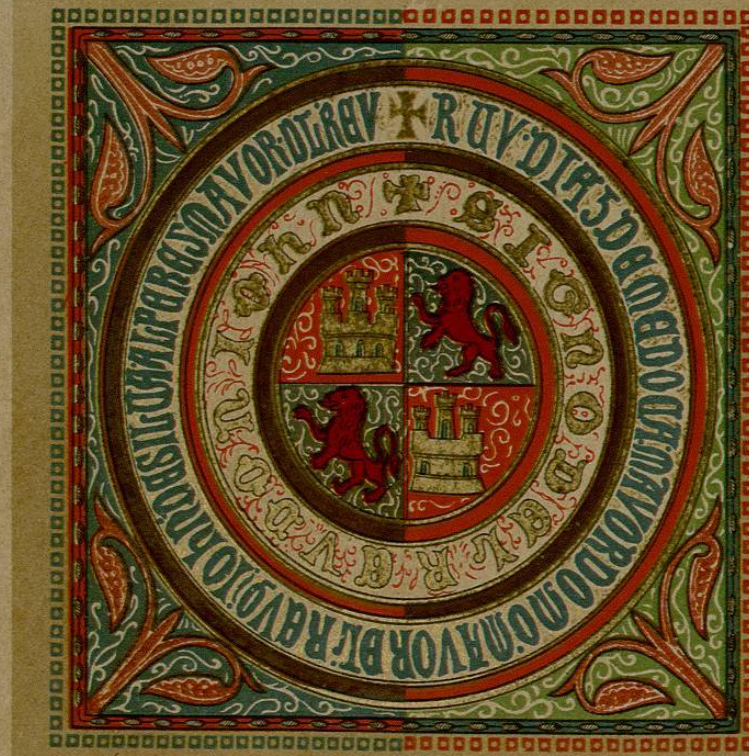
Fuera de matrimonio tuvo varios hijos, entre ellos, don Juan, conde de Urgel, y doña Leonor, condesa de Castella, llamada doña N. Avellaneda, que se casó con el arzobispo de Zaragoza, y de otra mancha natural de Navarra, de la familia de los Ansu, le nacieron tres hijos, que fueron don Juan, doña María, que se casó con don Juan de Aragón, y don Juan, que en 1488 casó con Leonor de Beaumont, conde de Lerín y conde de Navarra. (Zurita, Condes de Barcelona, tom. II, p. 430.)

(3) De don Juan II de Aragón se dice en Navarra que había sido un príncipe de prodigio para con sus favorecidos, y de esta prodigalidad nació en Navarra el proverbio de: Ya se veía el rey don Juan, que se solía emplear para desengaño de los ambiciosos.—Yangua, Historia de Navarra, p. 340.

... paz con el rey de Navarra, ... Matrimonio del rey ... Amores de don Enrique con una dama ... Paso de armas de ... resentimiento de los grandes.—Don Juan ... don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo ... Ofrecen los catalanes al principado: el rey los abandona.—Vistas de Enrique ... Luis XI de Francia; circunstancias notables: ... resolución de los catalanes.—Nacimiento de ... Juana; por qué la denominaron la Beltraneja.—Falta ... don Beltran de la Cueva.—Audacia de los ... farsa política del ... de Valencia.—Manifiesto de los conjurados al rey: debilidad ... junta en Medina del Campo: celebre ... de destronamiento del rey en Avila: ... don Alfonso: bandos: dos reyes en Castilla: ... Simancas.—Proyecto de ... Calatrava: muerte repentina de esta.—Detalle de Olmedo entre los dos reyes hermanos.—Fallecimiento del príncipe rey don Alfonso.—Los confederados ofrecen la corona á Isabel: no la admite.—Isabel es reconocida heredera del reino: vistas y tratado de los Toros de Guisando.—Pretendientes á la mano de la princesa Isabel: decidese ella por don Fernando de Aragón.—Dificultades que se oponen á este matrimonio: cómo se fueron venciendo: interesante situación de los dos novios: realizase el enlace.—Enojó del rey y de los partidarios de la Beltraneja.—Revoca don Enrique el tratado de los Toros de Guisando, y deshereda á Isabel.—Conducta de esta y de Fernando su esposo.—Reconciliación del rey y los príncipes.—Térbase de nuevo la concordia.—Muerte de don Juan Pacheco, gran maestro de Santiago.—Muerte de don Enrique.—Carácter de este monarca.

La situación poco lisonjera en que don Juan II de Castilla había dejado el reino á su muerte (2) le junio 1454) hizo que se proclamara con fuerza y éxito en Valladolid á un hijo de don Enrique, muerto de los reveses castellanos de una guerra que por la impetuosidad de aceptar de ... después de ... y ... para el otro á otras ... benigno del nuevo ... debilidad de la juventud ... de atribuir sus anteriores ... de don Enrique ... doña Blanca de ... Viremos si se ...

... de la igualdad y de clemencia ... de Alba y de Tre ... su padre; ... de la Inglaterra ... padre había ... de Aragón, es ... de Villena, ... rey don Juan ... maestro de ... hermano, ... lugares que tenían en Castilla: inmensa parte de las revueltas y disturbios entre los nobles y príncipes de los tres reinos que largamente fueron rebeldes, recibiendo en cambio algunos cuenotos de maravedí anuales por juro de heredad sobre las ciudades y rentas de la corona castellaniana. Exceptuábase de esta renuncia la fuerte villa de Atienza, por pertenecer á la dote de la



Montaner y Simon, Edt. M. Pujadas, Lit.

FACSIMILES DE SIGNOS RODADOS.

1-Signo de D. Pedro I.— 2 Signo de D. Juan II.— 3. Signo de D. Enrique IV.

reina de Navarra, doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla. El almirante y los demás nobles y caballeros castellanos, que andaban desterrados y tenían confiscados sus bienes por haber hecho causa común con el rey de Navarra y los infantes de Aragón contra don Juan II, padre de don Enrique, eran repuestos en sus empleos y señoríos, y volvían libremente á Castilla. Esta paz, ó mas bien prolongación de treguas, que confirmó el rey de Aragón y de Nápoles Alfonso V, vino á reducirse á un contrato de compra y venta de villas y lugares entre los reyes de Castilla y de Navarra, y á la restitución de sus dominios y empleos á los magnates rebeldes que tantos sinsabores habían dado á don Juan II (1).

Puesto de esta manera Enrique IV en posesión de todas las ciudades y villas de su reino, quiso hacer una manifestación de su poder y grandeza, y congregando córtes generales en Cuellar, expúsoles su pensamiento y determinada voluntad de renovar la guerra contra los moros de Granada. Contestó por todos aprobando su resolución don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, conde del Real de Manzanares. En su virtud, dejando el rey por gobernador del reino en Valladolid al arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo y á don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, partió para Andalucía en la inmediata primavera (abril, 1455) con poderoso ejército de á pié y de á caballo. Lo notable de este ejército era una hueste de tres mil seiscientas lanzas, especie de guardia real, magníficamente equipada y pagada por el rey, mandada por los jóvenes de la primera nobleza, y destinada á acompañar de continuo la persona real, de lo cual se denominaron *continuos* ó *continuos del rey*, que era su primer jefe, y algunos consideran como la primera creación de un ejército permanente (2). Llevaba consigo don Enrique á esta campaña toda la nobleza del reino, de que eran representantes los personajes siguientes, que nos importa conocer para la historia sucesiva de este reinado: don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, con otros prelados; el almirante don Fadrique Enriquez, tío del rey (nuevamente venido del destierro de resultas de la paz con el rey de Navarra); don Juan de Guzman, duque de Medinasidonia, el marqués de Santillana con sus hijos, don Juan Pacheco, marqués de Villena (el gran privado del rey), su hermano don Pedro Giron, maestre de Calatrava, los condes de Plasencia, de Benavente, de Arcos, de Santisteban, de Alba de Liste, de Valencia, de Cabra, de Castañeda, de Osorno, de Paredes, de Almazan, y otros nobles y caballeros de estado, los mas de ellos capitanes de á quinientos hombres de armas ó jinetes. Había hecho el rey grabar sobre su escudo la divisa de una granada abierta, simbolo de su futura conquista.

No correspondió sin embargo esta campaña á la grandeza y lujo de su aparato. Llegó este grande ejército á la vega de Granada (3): mas, bien fuese que el rey se propusiera ir devastando aquella rica campiña para reducir á los moros por falta de mantenimientos, bien que quisiera economizar demasiado la sangre de sus soldados, dió orden á sus capitanes para que evitaran todo encuentro con los enemigos. Disgustó esta conducta á algunos de los nobles, en términos que proyectaron apoderarse de la persona misma del rey, contándose entre estos el maestre de Calatrava don Pedro Giron (hermano del marqués de Villena), y los condes de Alba y de Paredes, y hubieranlo realizado, si advertido el rey por un hijo del marqués de Santillana del peligro que corría no se hubiera retirado á Córdoba, y de allí á Madrid. ¡Tan pronto perdió Enrique IV el prestigio con que había subido al trono! Mas no por eso renunció el rey á repetir estas expediciones en

(1) Las negociaciones que mediaron para esta paz, y el pormenor de sus condiciones se hallan mas extensamente referidas en el lib. XVI de los Anales de Zurita, que en las dos crónicas de Enrique IV.

(2) Enriquez del Castillo, Crón. del rey don Enrique IV, cap. 10.—Ya don Juan II había tenido mil lanzas que debían acompañarle de continuo, y don Alvaro de Luna tuvo tambien á su servicio una compañía de ciento, que se llamó la *Compañía de los cien continuos*, siendo capitanes natos de ella los descendientes de aquel privado, si bien aquella decayó pronto de su primitivo objeto.

(3) Al final del reinado de don Juan II puede ver el lector la situación en que á esta época se hallaba el reino granadino.

cada primavera, despues de pasar los inviernos en Madrid y sus cercanías, distraído en monterías y partidas de caza, su recreo y diversion favorita. En abril del año siguiente (1456) volvió con su ejército á recorrer las tierras de Lora, Antequera y Archidona: avanzó hasta cerca de Málaga, pero contentóse tambien con talar é incendiar algunos pequeños lugares. En vano sus capitanes ansiaban ganar fama y prez con alguna empresa hazañosa: el sistema del rey era que la vida de los hombres no tenía precio, y que por lo tanto no debía en manera alguna consentir que la aventuraran en batallas, combates, ni aun escaramuzas: táctica singular en quien se presentaba con ínfulas de arrojar los moros de España, y que le atraía el menosprecio y le ponía en ridiculo para con sus mismos caudillos y capitanes. Merced al espontáneo arrojó de algunos jóvenes caballeros, habiendo vuelto al otro año (1457) á la vega de Granada, como hubiese muerto en un encuentro que aquellos tuvieron con los moros el esforzado Garcilaso de la Vega, se irritó algun tanto el rey, mandó talar las mieses, viñas, olivares y plantíos, se tomó á fuerza de armas la villa y fortaleza de Gimena, y obligó al emir Ben Ismail á pedirle treguas, que obtuvo á costa de un tributo de doce mil doblas anuales y del rescate de seiscientos cautivos cristianos. Mas ni se alcanzó triunfo alguno señalado, ni se ganó plaza alguna importante, y aquellas ruidosas campañas se reducían á vanos y ostentosos alardes, en que se gastaban sumas inmensas, y en que bajo el especioso pretexto de economizar las vidas de sus súbditos ponía de manifiesto su medrosa política, y excitaba en sus mismas tropas la murmuración, y en los grandes el desprecio y hasta la burla.

En este intermedio, ansioso el rey don Enrique de tener sucesion, y tal vez con el afán de desmentir la fama y nota de impotente que desde su primer matrimonio con doña Blanca de Navarra había cundido por el pueblo, procuró contraer segundo enlace, y solicitó la mano de la joven princesa doña Juana de Portugal, hermana del monarca allí reinante, Alfonso V, princesa dotada de gran viveza de espíritu y de todas las gracias de la juventud, que hacía por su hermosura las delicias de la corte de aquel reino. Obtenido su consentimiento y el de su hermano, y hechas las capitulaciones, en que entraba el dote que el rey le señaló, que consistía en las villas de Ciudad-Real y Olmedo y en millon y medio de maravedís de moneda corriente, fué traída la nueva reina á Castilla, saliendo á recibirla á Badajoz de orden del rey el duque de Medinasidonia con lucida y numerosa comitiva de caballeros. Llevada á Córdoba, donde el rey don Enrique se hallaba, se celebraron los desposorios (mayo, 1455), pasando luego á Sevilla, donde hubo fiestas de cañas, justas, toros y un torneo de cincuenta por cincuenta, de que fueron jefes el duque de Medinasidonia y el marqués de Villena (4). Traía consigo la reina doña Juana una brillante corte de damas y doncellas portuguesas, á quienes el rey se obligó á atender segun su clase.

Deseoso don Enrique de festejar á su esposa, trájola á Madrid y Segovia, sitios de su preferencia, donde los reyes y la corte pasaban alegre y dulcemente el tiempo en fiestas y banquetes, en que todos lucían sus galas, y gastaban con una esplendidez maravillosa, que pronto había de dar al traste con todas las rentas del reino. El lujo y la galantería de aquella corte sibarita se extendía hasta á la respetable clase de los prelados; y el de Sevilla, don Alonso de Fonseca, una noche despues de la cena tuvo la humorada y la jactancia de presentar en la mesa dos bandejas cubiertas de anillos de oro guardados de piedras preciosas, para que la reina y sus damas tomaran el que fuese mas de su gusto (5). El rey don Enrique, que había gastado su juventud entregado á la disolución y á los placeres sensuales, no renunció con el nuevo matrimonio á las costumbres de su licenciosa vida, y ni las gracias, ni la belleza, ni la juventud de la reina, fueron bastantes á moderar

(4) Sousa, Pruebas de la Casa Real de Portugal, t. I.—Alonso de Palencia, Crón. M. S. part. I.—Florez, Reinas Católicas, t. II, p. 760.—Castillo, Crón. caps. 13 y 14.—Este cronista difiere erradamente este segundo matrimonio de don Enrique hasta el año cuarto de su reinado.

(5) Enriquez del Castillo, Crón. c. 23.